

HOMENAJE AL TORO



RUIZANGLADA

MARTIN RUIZANGLADA

Y

LA ESENCIA MAGICA DEL TOREO

Abre plaza **Martín Ruizanglada**, de Zaragoza, quien en seguida nos recuerda que de toros sólo puede hablarse con pasión. Y quien dice hablar dice pintar. Así lo exige la entraña de la fiesta y el temperamento del español.

El rito de la corrida requiere una concentración mística por parte del pintor de toros, que ha de disponer su sensibilidad a flor de piel y exhibir clarividencia de iluminado en el trance de describir el mítico enfrentamiento del torero con el toro. Es este clima de fatalidad ancestral y muerte luminosa, a las 5 de la tarde, el que Ruizanglada nos ofrece hoy en su soberbia lección de pintura.

Se vale el artista del hecho pictórico para teorizar sobre el universo de los toros, del que toma situaciones y asuntos con el fin de desarrollar su fórmula expresiva, basada más en sugerir que en explicitar. Su trabajo es profundo y serio, y, lo que es mejor, está cargado de valiosos hallazgos visuales. El contraste entre la fuerza de los argumentos y la exquisita delicadeza de su exposición es la piedra angular de estos lienzos, en los que una vez más la técnica narrativa se impone a la anécdota elegida, la cual adquiere como consecuencia de esta original presentación inéditas resonancias.

El maestro *recibe* la inspiración a partir tanto de los tres actos clásicos de la lidia, como de mil pequeños detalles y sucedidos secundarios que él sabe percibir como enamorado de la fiesta. *Templa* las formas, estructurando las situaciones de manera que destaquen la pureza del lance o la gracia del adorno. Y, por último, *manda*, erigiéndose en trujamán de emociones con la creación de una difuminada atmósfera expresionista tocada de ensoñación y misterio, en la que se contiene —¡nada menos!— la esencia última del toreo. Recibir, templar y mandar, como exigen los cánones.

El lenguaje pictórico de Ruizanglada, que, como queda patente, vive el mundo del toro, convive con toreros y entiende de suertes, lo componen modulados barridos cromáticos, sutiles veladuras en las que la luz de la tarde pasa por el tamiz del sentimiento, y un eficaz concepto de la elipsis formal. Su pincel sabio nos transmite la perfección del pase o se deleita en plasmar esa magia del ambiente que es el *primum movens* de la fiesta de los toros. El duende que subyace en estos óleos nos lo presenta Martín con pinceladas graves y profundas, de escuela rondeña, que vivifica con garbosos toques de color de filiación sevillana. En todos los casos resplandece la unidad de estilo, indicativa de la madurez del diestro, que al cabo triunfa en su empeño de despertar en el espectador el racial entusiasmo por la fiesta.

Pero a Ruizanglada le basta con sugerir los argumentos. Luego, el aficionado los completará, a partes iguales, con su intuición y sensibilidad. Quiere esto decir que, más que ante una colección de estampas taurinas, nos hallamos delante de una serie de especulaciones de alta escuela, de un ejercicio estético constituido por diversos testimonios, vaporosamente sugeridos, de momentos trascendentes de la dramaturgia taurina. Pintura de esencias, demostrativa de que sólo un pintor de tronío puede explicar el toreo pinturero.

Reconocemos, en suma, la divisa de calidad y valor que ha distinguido siempre el arte inconfundible de un maestro que ocupa lugar de honor a la cabeza del escalafón de pintores de toros.

(Desde el callejón) **Jaime Esaín**
—De la AECA—

AL PINTOR RUIZANGLADA

Ruizanglada:
la forma y el color en equilibrio.
La imagen se deforma
con la forma
del horizonte gris difuminado.

La mesa está servida
geoméricamente
jugando con los rojos, blancos,
azules y violetas.
Una silla vacía
o un sillón
desvelado
espera al invitado del momento,
Ruizanglada.

Un paisaje sin árboles
clava un grito en el cielo sin azules;
la tierra se estremece,
tierra madre,
y se agrieta por dentro, en el profundo
estertor de agonía sempiterna.
La tragedia camina con nosotros,
Ruizanglada.

La figura se pierde entre la niebla
de suaves veladuras presentidas;
parece una ilusión que se desmaya
en la noche del alba inexistente.

Y allí,
tan justamente allí,
en cada más allá de las fronteras,
se detiene tu fuerza y tu mirada
y amanece ese mundo
donde la luz se quiebra en los colores
que se llenan de voces,
Ruizanglada.

Y allí
la forma y el color en equilibrio,
Ruizanglada,
te sigue y te persigue
—te obsesiona
te llama—
y obedece a tu fuerza y tu mirada.

ALFONSO ZAPATER



«Media Verónica», o/l. (130 × 200 cms.)



«Alguacilillo», o/l. (195 × 150 cms.)



Ruizanglada

Nace en Milmarcos (Guadalajara), y reside en Zaragoza desde su infancia, donde adquiere su formación artística.

Es académico correspondiente de la Real de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla.

Está en posesión de varios premios y distinciones, entre los que destacan la Medalla al Mérito Cultural del Gobierno de Aragón, la Primera Medalla de Oro y Premio de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, Premio de la Dirección General de Bellas Artes de España y Grand Prix International de Chateau de Blois y de Talance-Burdeos (Francia).

Su obra está representada en diversos museos y pinacotecas nacionales y extranjeras, entre las que destacan el Museo Camón Aznar de Zaragoza, Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, Pinacoteca de la Real Maestranza de Sevilla, Pinacoteca de la Embajada de España en París, Palacio Arzobispal de Zaragoza y Palacio de la Aljafería de Zaragoza, sede de las Cortes Aragonesas.

Imprime: Fotopublicaciones, S. A.
Puerto Rico, 3 - Nave 2
28016 Madrid

DURAN
Exposiciones de Arte

Del 4 al 22 de Mayo de 1993

Inauguración: Martes 4 de Mayo a las 19.30 h.